

—Mira, Cristina,—respondió Preciosa,—de lo que te has de guardar es de un hombre solo y á solas, y no de tantos juntos; porque ántes el ser muchos quita el miedo y recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa,—dijo Cristina,—que tú sabes más que un sabio.

Animólas la gitana vieja, y entraron; y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traía en el seno, y llegándose á ella, se le tomó, y dijo Preciosa:

—Y no me le tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aún no le he leído.

—Y ¿sabes tú leer, hija?—dijo uno.

—Y escribir,—respondió la vieja,—que á mi nieta la he criado yo cómo si fuera hija de un letrado.

Abrió el caballero el papel, y vió que venía dentro dél un escudo de oro, y dijo:

—En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el romance viene.

—Basta,—dijo Preciosa,—que me ha tratado de pobre el poeta, pues cierto que es más milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recibirle; si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el Romancero general, y envíemelos uno á uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros, seré yo blanda en recibillos.

Admirados quedaron los que oían á la gitánica, así de su discrecion como del donaire con que hablaba.

—Lea, señor,—dijo ella,—y lea alto; verémos si es tan discreto ese poeta como es liberal.

Y el caballero leyó así:

Gitanica, que de hermosa  
Te pueden dar parabienes,  
Por lo que de piedra tienes  
Te llama el mundo Preciosa.

De esta verdad me asegura  
Esto, como en tí verás;  
Que no se aparta jamas  
La esquivez y la hermosura.

Si como en valor subido,  
Vas creciendo en arrogancia,  
No le arriendo la ganancia  
A la edad en que has nacido.

Que un basilisco se cria  
En tí que mata mirando,  
Y un imperio, que aunque blando,  
Nos parezca tiranía.

Entre pobres y aduares  
¿Cómo nació tal belleza?  
¿Ó cómo crió tal pieza  
El humilde Manzanares?

Por esto será famoso  
A par del Tajo dorado,  
Y por Preciosa preciado  
Más que el Ganges caudaloso.

Dices la buenaventura,  
Y dasla mala contino;  
Que no van por un camino  
Tu intencion y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte  
De mirarte ó contemplarte,  
Tu intencion va á desculpate,  
Y tu hermosura á dar muerte.

Dicen que son hechiceras  
Todas las de tu nacion;  
Pero tus hechizos son  
De más fuerzas y más véras;

Pues por llevar los despojos  
De todos cuantos te ven,  
Haces, oh niña, que estén  
Los hechizos en tus ojos.

En sus fuerzas te adelantas,  
Pues bailando nos admiras,  
Y nos matas, si nos miras,

Y nos encantas, si cantas.

De cien mil modos hechizas;

Hables, calles, cantes, mires,

Ó te acerques ó retires,

El fuego de amor atizas.

Sobre el más exento pecho

Tienes mando y señorío;

De lo que es testigo el mio,

De tu imperio satisfecho.

Preciosa joya de amor,

Esto humildemente escribe

El que por tí muere vive

Pobre, aunque humilde amador.

—En pobre acaba el último verso,—dijo á esta sazón Preciosa.— Mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios á mi parecer la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, rapaza?—dijo uno.

—¿Quién me lo ha de enseñar?—respondió Preciosa.—¿No tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿No tengo ya quince años? No soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento: los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demas gentes; siempre se adelantan á sus años; no hay gitano necio, ni gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, desabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que crie mohó en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando, y parecen bobas? Pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntelas las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año.

Con esto que la Gitanilla decia, tenía suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y áun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y más rica y más alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fuése en casa del señor tiniente, quedando que otro día volvería con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor tiniente, como habían de ir á su casa las gitanillas, y estábanlas esperando como agua de Mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa; y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demas resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores; y así corrieron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban, éstas la bendecían, aquéllas la alababan. Doña Clara decia:

—Este sí que se puede decir cabello de oro, estos sí que son ojos de esmeraldas.

La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacia pepitoria de todos sus miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

—¡Ay qué hoyo! En este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo:

—¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mia? Pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos: por Dios tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata ó de alcorza no podría ser mejor. ¿Sabes decir la buena ventura, niña?

—De tres ó cuatro maneras,—respondió Preciosa.

—Y ¿eso más?—dijo doña Clara.—Por vida del tiniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbunclos, y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.

—Dénle, déngle la palma de la mano á la niña, y con qué haga la cruz,—dijo la vieja,—y verán qué de cosas les dice; que sabe más que un doctor de melecina.

Echó mano á la faldriquera la señora tinienta, y halló que no tenía blanca: pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual, visto por Preciosa, dijo:

—Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuestas mercedes que menoscaba la

buenaventura, por lo ménos la mia; y así tengo aficion á hacer la cruz primera con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó á lo ménos de á cuatro; que soy como los sacristanes, que cuando hay buena ofrenda se regocijan.

—Donaire tienes, niña, por tu vida,—dijo la señora vecina.

Y volviéndose al escudero le dijo:

—Vos, señor Contreras, ¿tendréis á mano algun real de á cuatro? Dádmelo, que en viniendo el doctor mi marido os le volveré.

—Sí tengo,—respondió Contreras,—pero téngole empeñado en veintidos maravedís que cené anoche: dénmelos, que yo iré por él en volandas.

—No tenemos entre todas un cuarto,—dijo doña Clara,—¿y pedis veintidos maravedís? Andad, Contreras, que siempre fuisteis impertinente.

Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo á Preciosa:

—Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata?

—Antes,—respondió Preciosa,—se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

—Uno tengo yo,—replicó la doncella;—si éste basta, hèle aquí, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buenaventura.

—¡Por un dedal tantas buenaventuras!—dijo la gitana vieja.—Nieta, acaba presto, que se hace noche.

Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la señora tinienta, y dijo:

Hermosita, hermosa,

La de las manos de plata,

Más te quiere tu marido

Que al rey de las Alpujarras.

Eres paloma sin hiel,

Pero á veces eres brava,

Como leona de Oran,

Ó como tigre de Ocaña.

Pero en un tras, en un tris,

El enojo se te pasa,

Y quedas como alfeñique,

Ó como cordera mansa.

Riñes mucho, y comes poco;

Algo celosita andas;

Que es jugueton el tiniente,

Y quiere arrimar la vara.

Quando doncella te quiso

Uno de una buena cara;

Que mal hayan los terceros

Que los gustos desbaratan.

Si á dicha tú fueras monja,

Hoy tu convento mandarás,

Porque tienes de abadesa

Más de cuatrocientas rayas.

No te lo quiero decir,

Pero poco importa, vaya,

Enviudarás otra vez,

Y otras dos serás casada.

No llores, señora mia,

Que no siempre las gitanas

Decimos el Evangelio;

No llores, señora, acaba.

Como te mueras primero

Que el señor tiniente, basta

Para remediar el daño

De la viudez que amenaza.

Has de heredar y muy presto

Hacienda en mucha abundancia:

Tendrás un hijo canónigo,

La iglesia no se señala.

De Toledo no es posible.

Una hija rubia y blanca

Tendrás, que si es religiosa,

Tambien vendrá á ser prelada.

Si tu esposo no se muere

Dentro de cuatro semanas,

Verásle corregidor

De Búrgos ó Salamanca.

Un lunar tienes: ¡qué lindo!

¡Ay, Jesús, qué luna clara!

¡Qué sol, que allá en los antípodas

*Francisco de Paula*

Escuros valles aclara!

Más de dos ciegos por verle  
Dieran más de cuatro blancas:

Agora sí es la risica;

¡Ay, que bien haya esa gracia!

Guárdate de las caídas,  
Principalmente de espaldas;  
Que suelen ser peligrosas  
En las principales damas.

Cosas hay más que decirte:  
Si para el viérnes me aguardas,  
Las oírás, que son de gusto,  
Y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstancias en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viérnes venidero, prometiéndoles que tendrían reales de plata para hacer las cruces. En esto vino el señor tiniente, á quien contaron maravillas de la Gitanilla: él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habían dado; y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo, y habiéndola espulgado y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo:

—Por Dios que no tengo blanca, dadle vos, doña Clara, un real á Preciosa, que os le daré despues.

—Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real?

—Pues dadle alguna valoncica vuestra, ó alguna cosa, que otro día nos volverá á ver Preciosa, y la regalarémos mejor.

A lo cual dijo doña Clara:

—Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa.

—Antes si no me dan nada,—dijo Preciosa,—nunca más volveré acá; mas, sí, volveré á servir á tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga del esperar. Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá di-

neros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor; por ahí he oído decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condiciones de las residencias, y para pretender otros cargos.

—Así lo dicen y lo hacen los desalmados,—replicó el tiniente;—pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenación alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le den otro.

—Habla vuesa merced muy á lo santo, señor tiniente,—respondió Preciosa;—ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias.

—Mucho sabes, Preciosa,—dijo el tiniente;—calla, que yo daré traza que sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes.

—Querránme para truhana,—respondió Preciosa,—y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido; si me quisiesen para discreta, aún llevarmeían; pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos: yo me hallo bien con ser gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

—Ea, niña,—dijo la gitana vieja,—no hables más, que has hablado mucho, y sabes más de lo que yo te he enseñado; no te asotiles tanto, que te despuntarás: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caída.

—El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo,—dijo á esta sazón el tiniente.

Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo la doncella del dedal:

—Preciosa, dime la buenaventura, ó vuélveme mi dedal, que no me queda con qué hacer labor.

—Señora doncella,—respondió Preciosa,—haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, ó no haga vainillas hasta el viérnes, que yo volveré, y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.

Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que á la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid para volverse á sus aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las